

Muerte de Caligula (41). Cuando aquel insensato volvió á entrar en Roma, dijo altamente que venia por consideracion al pueblo y á los caballeros, pero no por los senadores, y amenazó con su espada á todos los nobles. Todavía le dejaron multiplicar sus crímenes é infamias durante cuatro meses. Al fin, el 24 de enero, á la una de la tarde, el pretoriano Casio Chereas, cansado de las burlas groseras que Caligula se permitia contra él, le dió de puñaladas. Murió á los veinte y nueve años, y reinó tres años, diez meses y ocho dias. Su dáver fue llevado secretamente á los jardines de Lamia, le quemaron en una hoguera hecha de prisa, y despues le enterraron y cubrieron su tumba con un ligero césped.

§ III. Reinado de Claudio (41-54).

Advenimiento de Claudio. Cuando se esparció el rumor de la muerte de Cayo, el pueblo no se atrevia á creerlo. Los conjurados y los senadores pensaban en restablecer la libertad. Este nombre sagrado volaba de boca, y ya se hablaba de abolir la memoria de los Césares y de destruir sus templos. En medio del tumulto, el estúpido Claudio, tío de Cayo, se habia retirado á un comedor, y despues se fué á una galeria próxima, donde se ocultó detrás de los tapices que cubrian la puerta. Un soldado que se hallaba casualmente cerca de allí al ver sus piés que pasaban, quiso saber quién era. Así que le reconoció, le saludó como emperador en el momento en que Claudio se echaba á sus piés para pedirle la vida. Todos los demas soldados aplaudieron esta proclamacion, pusieron á Claudio en una litera y le llevaron hasta el campo sobre sus hombros. Los cónsules, el senado y el pueblo se vieron obligados á ratificar lo que habia hecho el ejército, y el imperio, despues de haber obedecido á un loco, tuvo por señor á un imbécil.

Carácter de Claudio. Este Claudio, cuya estupidez se hizo proverbial, tenia sin embargo algunos conocimientos. Añadió tres nuevas letras al alfabeto romano, escribió en griego

la historia de los Tirrenos en veinte libros, la de los Cartagineses en ocho, y dejó en latin ocho libros de Memorias y una Historia romana en cuarenta y un volúmenes que comenzaba en el reinado de Augusto. Pero sus porientes, á fuerza de tratarle de imbécil, le entontecieron realmente. Su madre acostumbraba decir para caracterizar á un necio: *Es tan animal como mi hijo Claudio.* Augusto le llamaba el *pobre hombre*, y hacia colocar á su lado á su primo Silano, para impedirle que dijese tonterías. Toda la córte se divertia con él. Si llegaba demasiado tarde para cenar, dice Suetonio, no le recibian sino despues de hacerle dar una vuelta al rededor de la mesa pidiendo un sitio. Cuando se dormia despues de la comida, lo que le sucedia muchas veces, le arrojaban titos de aceitunas y de dátiles, ó algunos bufones se divertian en despertarle con un látigo ó una vara. Algunas veces le ponian borceguies en las manos, para que al despertarse se frotase con ellos la cara.

Quando llegó á ser emperador, se esforzó en hacer creer que su demencia habia sido fingida, y que con ella habia querido sustraerse á los golpes de su cruel predecesor. Sus primeras leyes dieron una apariencia de verdad á este subterfugio, porque revelaban una profunda sabiduría. Así es que rehusó los honores divinos, abolió las acusaciones de lesa majestad, mejoró la condicion de los esclavos, y se mostró verdaderamente padre de las provincias. Pero muchas veces, en el ejercicio de sus funciones, dejó escapar rasgos de la mas insigne extravagancia. Estando sentado en su tribunal de juez, le sucedió decir seriamente por única sentencia: *Me pronuncio por el que tiene razon.* Despues de haber hecho esperar largo tiempo un testigo que habia de venir de la provincia, concluyó por decir: *Ha muerto, y creo que eso le está muy permitido.* Los abogados abasaban de su paciencia hasta el caso de volver á llamarle cuando bajaba de su tribunal, y retenerle por el vestido ó por el pié; lo que no debe sorprender, dice Suetonio, puesto que un Griego que pronunciaba una defensa se atrevió á decirle: *Tú tambien eres viejo é imbécil.*

Reinado de los favoritos. Excesos de Mesalina. Lo que hubo mas odioso bajo el gobierno de aquel príncipe que no sabia hacer respetar sus derechos ni su persona, fue el reinado de los favoritos. El señor del mundo tenia por dueños al euneco Posides y á los libertos Harpocras, Polibio, Narciso y Palas. Honores, mandos, gracias, castigos, todo dependia de ellos. Distribuian las recompensas y las penas segun sus pasiones y caprichos, y casi siempre ignorándolo el emperador. Revocaban los donativos que Claudio queria hacer, anulaban sus sentencias, suponian títulos ó despachos y cambiaban públicamente los suyos. Así es como le hicieron firmar, sin que supiese el motivo de ello, el decreto de muerte de treinta y cinco senadores y mas de trescientos caballeros. A instigacion suya envió al suplicio á su suegro Silano, á las dos Ju-lias, hija de Druso la una, y la otra de Germánico, y á sus yernos Pompeyo y Luc. Silano. Lo que parece mas increíble aun, es que él mismo consintió en el matrimonio de su esposa Mesalina con el jóven Silio, que le deshonoraba públicamente.

Se le habia hecho entender que este contrato no era mas que un talisman para alejar los malos presagios. Cuando supo la verdad, recobró un instante su buen sentido, y preguntó encolerizado *si él era todavía emperador, ó si el jóven Silio iba á reinar en su lugar.* Todas las infamias de Mesalina le fueron descubiertas, y al saberlas quedó muy abatido y consternado. Sin embargo, no sintiéndose con bastante valor para vengarse, encargó de ello á su liberto Narciso, y le cedió el mando por un dia. Entonces la sangre se derramó á torrentes, y Mesalina fue inmolada. Claudio no preguntó si quiera de qué modo habia sido muerta. Algunos dias despues, al tiempo de ponerse á la mesa, preguntó porqué la emperatriz no venia. Igualmente mandó venir á cenar y jugar á algunos ciudadanos á quienes habia hecho morir la víspera, quejándose de su pereza para levantarse y presentarse.

Expediciones de Claudio y sus conquistas. Este príncipe insensato ejecutó, sin embargo, lo que no habian podido hacer Augusto ni César. Hizo en la Gran Bretaña una invasion

y se apoderó de la parte meridional de esta comarca. Aulo Plantio, que tenia el mando de las legiones, penetró hasta el Saverna, y sostuvo por espacio de dos dias un terrible combate en las orillas de este rio. La victoria no se habia decidido enteramente en favor de los Romanos. Entonces Claudio resolvió desembarcar personalmente entre los insulares. Su presencia reanimó las legiones. Marchó hácia el Támesis, derrotó á los enemigos en *Camulodunum* (Colchester), y fué á gozar á Roma de una gloria en vano ambicionada por César. Plantio permaneció en la Gran Bretaña para asegurar y extender las conquistas de Roma. Hizo una provincia de todos los paises conquistados al norte y sur del Támesis. Este hábit general, que antes habia reducido á provincia romana la Mauritania (42), redujo tambien despues la Licia (43), la Judea (44), la Tracia, y abolió todas las prefecturas en Italia.

Durante este tiempo Claudio se mostraba muy afecto á las provincias. Completó la organizacion de la Gália comenzada por Augusto, y acogió las reclamaciones de los Galos, que pedian el derecho de desempeñar toda clase de funciones públicas, lo cual les habia sido rehusado hasta entonces. El partido aristocrático, que siempre habia defendido los privilegios de la Italia, se elevó vivamente contra tales pretensiones. El emperador, despues de haber refutado todas las razones de los que se oponian, declaró por un senadoconsulto que en adelante las ciudades de la Gália cabelluda serian admitidas á los honores.

Dominacion de Agripina. Fin del emperador Claudio. Esta concesion excitó grandes enemistades contra Claudio, y el resentimiento de los patricios se desfogó en folletos llenos de ultrajes. Pero los principales enemigos del emperador estaban en su palacio. Despues de la muerte de Mesalina, habia jurado delante de los soldados pretorianos guardar el celibato, puesto que el matrimonio le salia tan mal, y habia añadido que consentia morir por sus manos, si violaba su juramento. A pesar de este solemne compromiso, se dejó seducir por las gracias y caricias de su sobrina Agripina, y se hizo imponer por el senado esta union incestuosa. Esta mujer, no

menos corrompida que Mesalina, pero mas ambiciosa, hizo mucho mas mal al estado. Se hizo dueña absoluta de todos los negocios. Se la veia sentarse en las ceremonias públicas al lado de Claudio, con él recibia á los reyes y embajadores, y pronunciaba las sentencias. Su gran plan consistió en hacer adoptar su hijo Luc. Dom. Neron y sustituirle en el trono á Británico, hijo de Claudio. El estúpido emperador escuchó sus pérfidas insinuaciones, y prefirió Neron á su propio hijo. Muy luego se arrepintió de esta adopcion y de su matrimonio con Agripina. Habia ya devuelto al jóven Británico toda su ternura, y se disponia á restablecerle en sus derechos; pero Agripina previnó sus intenciones envenenándole. Claudio murió el 13 de octubre de 54.

§ IV. Reinado de Neron (54-68).

Dichosos principios del reinado de Neron. Neron solamente tenia diez y siete años cuando fue proclamado emperador por el pueblo y los pretorianos. Mandó hacer magníficos funerales al emperador Claudio, pronunció su oracion fúnebre y celebró su apoteosis. Se mostró lleno de consideraciones para con su madre Agripina, que habia sido la autora de su elevacion, y le dejó una autoridad sin límites. Ella respondia en su nombre á los embajadores, escribia á los reyes y á las provincias, asistia detras de un tapiz á las deliberaciones del senado, y reinaba verdaderamente en lugar de su hijo, á quien dió por ayo el filósofo Séneca y el prefecto del pretorio Afranio Burrho. Mientras que el jóven emperador fue dueño de sus pasiones, el pueblo fue dichoso.

En todas ocasiones le daba muestras de su liberalidad y clemencia, abolió ó disminuyó los impuestos, distribuyó cuatrocientos sextercios á cada ciudadano, socorrió á los senadores que estaban en la indigencia, dió raciones de trigo gratuitas á los soldados pretorianos, y se le oyó exclamar al firmar la sentencia de un criminal. *Quisiera no saber escribir.*

Dió juegos espléndidos sin comprometer su dignidad, puso límites al lujo y á los gastos, hizo reducir á simples raciones llamadas *esportillas* los festines públicos que se daban al pueblo, y publicó muchas leyes que prueban su moderacion y su prudencia.

Asesinato de Agripina (59). Mas estos dichosos tiempos no fueron de larga duracion. Séneca, ofendido por una palabra de Agripina que se habia burlado de la filosofia, le quitó el ascendiente que tenia sobre el emperador. En su orgulloso despecho, habiendo amenazado esta desgraciada princesa á Neron con retirarle sus favores para concedérselos á Británico, el heredero legítimo de Claudio, el bárbaro emperador ordenó al momento envenenar á su rival. Agripina, echada del palacio, en vano empleó todos los artificios de la seducion para volver á conquistar la confianza y el afecto del emperador. La impúdica Popea, que entonces habia ganado el corazon del monarca, le irritaba todos los dias contra su madre, hasta tal punto que resolvió su muerte. El liberto Aniceto se ofreció para ejecutar este abominable designio. Neron habia de convidar á su madre á Baya, fingir con ella una reconciliacion y darle fiestas pomposas. Se convino en volver á conducirla despues á Ancio en una galera magníficamente adornada, y Aniceto se comprometió, cuando estuviere en pleamar, á echar á pique el buque y hacer morir de este modo á la madre del emperador. Este horrible complot fue ejecutado, como fue concebido; pero Agripina se salvó á nado y pudo llegar á una de sus villas cerca del lago Lucera. Hizo saber á Neron que habia escapado del peligroso accidente que le habia sobrevenido. Su desnaturalizado hijo le envió, por consejo del filósofo Séneca y de Burrho, el liberto Aniceto armado de un puñal. A la vista de este asesino, Agripina le dijo con resignacion y valor: *Hiere el seno que ha llevado á Neron.* Dió el golpe, y Neron declaró friamente que desde aquel momento se sentia dueño del imperio.

Crimenes y locuras de Neron. Pero por mas que hizo Séneca, toda su filosofia fue impotente para calmar los remor-

dimientos que devoraban á su discípulo parricida. En todas partes creía ver la sombra de su madre, que le perseguía armada con el látigo de las furias vengadoras. El pueblo romano aplaudió esta monstruosa maldad, y el senado votó súplicas á los dioses y fiestas aniversarias para celebrar este atroz atentado. Sin embargo, el culpable no se atrevía á presentarse en la capital de su imperio, y para vencer sus repugnancias hubo necesidad de decirle que cada día era mas amado.

Volvió pues á entrar en triunfo en Roma, pero no fue sino para deshonorarse para siempre con sus crímenes y locuras. A pesar de sus ayos dió representaciones teatrales en que él mismo figuraba, y obligó á toda la nobleza á comprometer tambien su dignidad y pudor. Se complacia en disputar el premio de la poesía y de la música con los jóvenes poetas y artistas de Roma. Al efecto estableció un cuerpo de cinco mil caballeros para aplaudirle cuando cantaba delante del pueblo. Todas estas locuras agotaron el tesoro público, y para llenarlo recurrió á las prisiones y confiscaciones. Apresuró la muerte de su tia Domicia para gozar de sus bienes; envenenó á Burrho y desterró á Séneca, porque ambos condenaban sus excesos; repudió á su esposa Octavia para echarse en los brazos de la impúdica Popea, y dió toda su confianza al infame Tigelino.

Cada dia cometia nuevos asesinatos y nuevas injusticias, arruinaba las provincias y despojaba los templos de los dioses; pero el pueblo, contento porque recibia distribuciones abundantes de vino y carne y gozaba de los juegos mas espléndidos, ofrecia al cielo acciones de gracias cuando sabia que la crueldad del emperador se habia satisfecho de nuevo sacrificando algunas nuevas víctimas. Los senadores envilecidos igualmente se prosternaban á los piés de este feroz soberano, y si habia algunos, como el virtuoso Traseas, que tuviesen valor para manifestar su indignacion á la vista de tan deplorables excesos, al momento eran enviados al suplicio.

Incendio de Roma (65). Se hubiera dicho que no era ya po-

sible cometer mayores horrores, y sin embargo Neron lo consiguió. Ofendido del mal gusto de los antiguos edificios, de la pequenez é irregularidad de las calles de Roma, las pegó fuego tan públicamente, dice Suetonio, que algunos ciudadanos consulares no se atrevieron á detener á sus esclavos á quienes sorprendieron en sus casas con teas y antorchas. El incendio duró seis dias y siete noches. Neron consideraba este espectáculo desde lo alto de la torre de Mecenas, encantado, segun decia, de la hermosura del fuego, y cantando en traje de cómico el incendio de Troya. Despues hizo edificar un palacio inmenso al que dió el nombre de *Palacio de oro*. Para hacer frente á los gastos de este edificio gigantesco, despojó á todas las ciudades libres, á todos los pueblos aliados y á todas provincias conquistadas.

Los ricos de Roma, que temian por sus propias riquezas, conspiraron contra este mónstruo insaciable. El filósofo Séneca, el poeta Lucano y el cónsul electo Plautio Laterano se hallaban á la cabeza de esta conspiracion. Tenian intencion de elevar al trono á Calp. Pison, pero su designio fue descubierto. Todos los culpables fueron citados ante Popeyo y Tigelino, quienes se esmeraron en agradar al príncipe con las mayores sutilezas de crueldad. Un tribuno, llamado Subrio Flavio, tuvo valor para decir á Neron: *Nadie te ha sido mas fiel mientras que has merecido ser amado. Te aborrezco desde que te has hecho parricida, coheero, cómico é incendiario*. Lucano, despues de haberse deshonorado con las mayores debilidades, se hizo abrir las venas. Séneca sufrió la misma suerte. Neron se sirvió de esta conspiracion para dar muerte á todos aquellos cuyos bienes ambicionaba, ó cuyas virtudes detestaba.

Guerras de los Romanos en tiempo de Neron. Mientras que el señor del mundo se encañagaba en toda clase de excesos, sus legiones se cubrian de gloria en las dos extremidades del imperio. En Occidente, los Romanos aplicaban á la Gran Bretaña la ley dada por Claudio contra el culto druídico. Los sacerdotes de los Bretones huian de la persecucion, y se retiraban hácia el oeste conforme avanzaban los Romanos. Habién-

dose refugiado al fin en la pequeña isla de Mona, Suetonio Paulino, teniente de Neron en esta nueva provincia, resolvió atacarlos en su último asilo y destruir de este modo el foco de la rebelion. Tomó fácilmente esta posicion, y elevó en ella una fortaleza para guardar el país. Pero apenas había conquistado á aquellos insulares, supo la sublevacion de los Bretones del este. La insurreccion se había extendido por todas las ciudades situadas en la orilla del Tâmesis. La novena legion, mandada por Cerealis, fue derrotada, y los Bretones, animados por estos triunfos, hacian oír en todas partes gritos de libertad é independencía. Suetonio, alarmado con estas terribles noticias, acudió y destruyó el ejército de los insurrectos. Esta victoria aseguró la dominacion romana en aquel país (61).

En Oriente, el bravo Corbulon atacó á Vologeso, rey de los Partos, y le quitó la dominacion de la Armenia, para devolvérsela á Tigrano, uno de los antiguos descendientes de los sacerdotes-reyes de la Capadocia (60). Despues de esta victoria, Corbulon se vió obligado á compartir el mando con Cesenio Peto, se retiró de la provincia y dejó á su colega en presencia de los Partos. Peto fue derrotado, y hubo necesidad de reponer á Corbulon en su antigua autoridad para devolver á las armas romanas su primer brillo. Corbulon derrotó á los Partos, les dictó las condiciones de la paz, y envió á Tiridato á Roma para ser coronado rey de la Armenia por mano de Neron.

Este espectáculo despertó en el emperador el deseo de haer conquistas y de sobrepujar por sus hazañas la gloria de todos sus generales. Ordenó alistamientos de tropas, y llegó á Grecia con un ejército bastante numeroso para subyugar á los Partos (66). Desgraciadamente no había en este ejército sino flautistas y cantores, y toda la ambicion del príncipe se limitó á triunfar en los juegos olímpicos y á recibir aplausos de todos los Griegos por su talento de músico y su voz celestial. Llamó de nuevo á Corbulon, cuya gloria le hacia sombra, y cuando este valiente general llegó á Corinta, encontró el decreto de muerte en recompensa de sus hazañas. *Bien me*

recido lo tengo, dijo, y al pronunciar estas palabras se pasó con su propia espada.

El rumor de una conspiracion hizo que Neron volviese á Roma. Presentóse como triunfador sobre un carro tirado por caballos blancos, haciendo alarde de sus mil ochocientas coronas, y de los nombres de las piezas que se las habían hecho ganar, y recibiendo en ofrenda una infinidad de pájaros diversos.

Triste fin de Neron (68). El mundo, dice Suetonio despues de haber soportado á este mónstruo durante cerca de catorce años, hizo por fin justicia. Vindex, que mandaba en las Gálias, dió la señal sublevando su provincia. Neron supo en Nápoles la noticia de esta revolucion, el aniversario del asesinato de su madre Agripina. Pasó todavía ocho dias celebrando combates de atletas, y no fué á Roma sino á la última extremidad. En lugar de convocar al pueblo y al senado, se entretuvo en ensayar unas máquinas hidráulicas de nueva invencion.

En este intermedio supo que Galba se había insurreccionado en España, y que todos los ejércitos se habían puesto bajo el mando de Vindex. En medio de su desesperacion rasgó sus vestiduras, se golpeó la cabeza, y exclamó que estaba perdido. Hizo cortar los cabellos á sus concubinas, las armó con hachas y escudos como amazonas, y se dispuso á salir de Roma con ellas. Entonces deliberó si se retiraria entre los Partos, si iria á echarse á los piés de Galba, ó si apareceria enlutado en la tribuna de las arengas para pedir perdon de lo pasado. No se atrevió á tomar este último partido, temiendo ser hecho pedazos por el pueblo antes de llegar á la plaza pública. Sabiendo que ni el gladiador Espicilo ni otro alguno querian degollarle como él lo deseaba exclamó: *¡ Con que no tengo amigos ni enemigos!* y corrió á precipitarse en el Tíber. Habiéndose detenido, fué á refugiarse á la estrecha y sucia morada de Faon, uno de sus libertos. Allí supo que el senado le había declarado enemigo de la patria. Atemorizado por la suerte que se le reservaba, cogió dos puñales que llevaba consigo y se los clavó en la

garganta, ayudado por su secretario Epafrodito. Jamás hubo vida mas atroz, pero tampoco hubo muerte mas triste ni mas vergonzosa. Pereció á la edad de treinta y dos años, el día en que habia hecho morir á su esposa Octavia. La alegría pública fue tan grande que el pueblo corria por las calles, llevando en la cabeza el gorro de la libertad.

CAPITULO III.

Del establecimiento del cristianismo (1).

En el seno de este imperio romano que nos ofrece el espectáculo de todas las vergüenzas y de todos los crímenes, se formaba otra sociedad llamada por Dios para regenerar el mundo. Jesucristo habia muerto entre dos ladrones en la cumbre del Gólgota, cuando Tiberio vivia ignominiosamente en Caprea. Al rescatar el mundo, el Hombre-Dios habia pronunciado la muerte del paganismo y de todos sus degradantes errores. Sus espesas tinieblas habian de huir á su presencia, como la noche delante del sol. Roma, señora de las naciones; Roma, reina y esclava de la idolatría, habia sido envuelta en este decreto fatal, y esto nos explica, mejor que todas las razones humanas, el misterio de la decadencia de este vasto imperio, y el misterio de esa larga agonía que le veremos todavía arrastrar desgraciadamente por espacio de muchos siglos. El espíritu, cansado de todas esas escenas de sangre y corrupcion, quiere al menos fijar sus miradas sobre esta sociedad naciente que se desarrolla en el seno de aquel imperio condenado, y que ha de restituir á la humanidad descaecida su brillo y hermosura. En este prodigioso alumbramiento la historia nos hace comprender de la manera mas sensible cómo Jesucristo fue realmente por su doctrina el Salvador y Redentor del mundo.

§ I. Jesucristo y su doctrina.

« Al fin del reinado de Herodes, y en el tiempo en que los fariseos introducian en la religion de los Judíos toda clase de abusos, Jesucristo fue enviado sobre la tierra para restablecer el reino en la casa de David, de una manera mas elevada que lo que los Judíos carnales la comprendian, y para predicar la doctrina que Dios habia resuelto hacer anunciar á todo el universo. Este admirable niño, llamado

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Siendo los orígenes infinitamente numerosos, nos contentaremos con recomendar el manual de Alzog, *Historia universal de la Iglesia*. En él se encontrará la indicación de todas las principales obras que pueden consultarse.